

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Salamanca, trimestre... 3.50 Pesetas
Fuera de ella, trimestre... 4.25
semestre... 8
año... 15

Se admiten anuncios, esquelas de defunción
y recordatorios, á precios convencionales.

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto: 5 céntimos

El Salmantino

DIARIO DE LA TARDE • SEGUNDA ÉPOCA

FRANQUEO
CONCERTADO

IMPRESA
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CÍRCULO TRADICIONALISTA

Plazuela de San Isidro

No se devuelven los originales

Número atrasado: 10 céntimos

AÑO VI.—NUM. 550

Viernes, 5 de Abril de 1912

TELÉFONO NÚM. 17

SEMANA SANTA DE 1912

Las tres negaciones.

La execrable traición del ambicioso discípulo quedó villanamente consumada. Aquella turba servil y mercenaria, puesta á las órdenes de la más aborrecible deslealtad, se apoderó de la Sacratísima persona de Cristo, tan luego como fué designada por el ósculo hediendo é hipócrita del primer sacerdote, que poco antes, osó recibir el Pan del Cielo, llevando escondida y cuidadosamente guardada en el alma toda la malicia del crimen horrendo, que había meditado y resuelto en su desnaturalizado corazón.

En tan supremo trance, vióse Jesús dolorosamente abandonado de los suyos, de los que El amaba con mayor predilección, porque eran sus discípulos, sus escogidos. El temor entró en sus corazones, cuando vieron triunfante á la iniquidad sobre la justicia, y cobardes, huyeron donde la persecución no les alcanzara.

Uno sólo, el más valiente de todos, atrevióse á seguir de lejos al Maestro, no sin grandes recelos y mortales congostas en el alma, por si los sicarios advertían que era él de los que amaban y servían á Cristo.

Pero bien pronto iba á ponerse á prueba esta aparente y menguada fidelidad de Pedro: Llegó, desconfiado y lleno de temor, hasta la casa del Pontífice; y la lumbré encendida en el atrio, alrededor de la cual calentábase los criados de Caifás, le pareció cosa apetecible y regalada, de la que también podía él disfrutar, cualquiera que fuese la suerte del Maestro.

Cuando una de las criadas notó la presencia del discípulo en aquel lugar, dirigióse á él, y como si quisiera recriminarle por su atrevimiento, le dijo: «¿Acaso no eres tú uno de los acompañantes y seguidores de Jesús de Galilea?»

Era aquella una acusación de complicidad en la causa de Cristo, y el desgraciado Pedro que le había confesado en otras ocasiones como hijo de Dios vivo, se apresuró ahora á negarle en los siguientes términos: «No sé lo que dices, ni entiendo, mujer, de lo que me hablas.»

Y como si esto no fuera bastante, cuando insisten en que es él uno de los discípulos, jura que no tiene tratos ni relaciones con aquel Hombre.

E interrogado de nuevo, arguyendo con la circunstancia de haberle visto en el huerto, Pedro lanzó sobre sí tremendas imprecaciones y profirió repetidos juramentos para convencer á los presentes, de que ciertamente no conocía á tal Hombre, ni en su corazón había afecto ninguno que con El le uniera.

¡Pobre Pedro! ¡Que pronto olvidó su ofrecimiento de no abandonar á Cristo, aun cuando fuera necesario ir á la muerte por confesarle! ¡Cómo se habían borrado de su alma los entusiasmos que le hicieron de-

cir arrodillado delante del Maestro: «Tú, Señor, eres el Hijo de Dios vivo, el verdadero Mesías que esperábamos!» ¡Y qué poca huella había dejado en su corazón aquella gloria, que hubiera querido estar eternamente contemplando en el monte Santo de la Transfiguración donde se oyó la voz del Padre, majestuosa y sobrenaturalmente testificadora de que Cristo era su muy amado unigénito, en quien tenía todas sus complacencias!

¡Qué miserable y vergonzosa es la caída de los cobardes!

Yo he visto el prendimiento tumultuoso y revolucionario de mi patria, aherrajada con las cadenas de un mentido derecho y vilipendiada por una falsa libertad para todo lo malo.

He contemplado que de lejos la siguieron algunos de los que se decían sus hijos y servidores, condeliéndose del estado de abatimiento

á que la han reducido los que concertaron su ruina.

Y observé, que al requerimiento que se les hacía para salvarla, confesando que somos sus hijos y poniéndonos decididamente al lado del libertador, contestaron los que se regalaban con las riquezas y las comodidades de su hogar: «Yo no sé de lo que me hablas», y juraron que «nada tenían que ver con tales propósitos, ni con la patria misma»; y acabaron con imprecaciones y

juramentos de que ellos no quieren cuentas con los amadores de la España grande y tradicional, ni con el que legítimamente la representa, ni con los que á pruebas de sacrificios la amamos.

Entre los que así hablaron me pareció descubrir la fea, catadura de la deslealtad y de la traición unas veces, y otras el ridículo semblante del miedo, y casi siempre la repugnante silueta del egoísmo.

Herodes es un rey vulgarote, que tiene de majestad lo que un muñeco de bazar. Quería solazarse con los milagros de Jesucristo; como si dijéramos: aquella dinastía de reyes de Judea era pronta á la juerga y al jaleo. Uno por un baile da la cabeza de un profeta; otro, quiere hacer del salón de las leyes, una especie de teatro, cine y variedades; ¡qué idiotismo el del monarca! Toda la Judea se conmueve; las turbas claman en plena revolución; los fariseos están conjurados, y él como si la cosa no tuviera malicia, quiere divertirse con prodigios y maravillas. Debía ser aquello una monarquía poco responsable cuando tan estóicamente obraba en momentos de crisis.

Los escribas y fariseos son muy conocidos; nada dirá de ellos el cronista. Encuéntraseles en todas partes; en la plaza han paseado conmigo; en el paseo he sufrido las huecas declamaciones contra la moral y el orden, que ellos tienen debajo de la suela de sus sandalias, y hasta los he visto en el templo; sí, allí muchas veces los hallo dándose con el puño cerrado sobre el pecho, murmurando plegarias de arrepentidos y clamando venganza á los cielos contra las prevaricaciones de los hombres. Pobrecitos; yo los miro de reojo, tomo agua bendita y hago la cruz como si viera al mismísimo diablo.

Y de las mujeres aquellas que seguían llorando las escenas de la Crucifixión? Hacían lo que podían. Si hubieran sido sufragistas, acaso intentarían una contrarrevolución en favor de Cristo. Aun la mujer no se había emancipado como en nuestro siglo; por eso, una, la mujer de Pilatos, le dió el consejo de que no se mezclase en los asuntos del Justo. El Poncio, tan mal marido como juez, no hizo caso de su esposa; las otras infelices, forasteras en Jerusalén, bastante hacían con seguir los pasos del Redentor. Sin embargo, á fuer de sincero, he de decir dos cosas que siempre he admirado en la santa historia del tremendo drama.

El gallo y la Magdalena; el gallo se portó como nunca; en medio de la obscuridad de la noche, cuando más el frío apretaba y Pedro calentándose en el atrio del Pontífice, ante una criada, que socarronamente le miró, renuncia á la amistad de Cristo, él levanta su cuello, encrespa las plumas, y abriendo su pico lanza un grito sonoro, que hiele la sangre del apóstata, diciéndole: «Pedro, Pedro; ¿cómo eres tan cobarde, que antes de cantar yo dos veces, ya has negado tú tres veces á Jesús.» Y Pedro siguió la inspiración del gallo y huyó fuera para llorar su culpa. La Magdalena, era mujer de gran corazón; con todo el corazón amó un día sus locas vanidades y fué gran pecadora; con todo corazón convirtióse después á Cristo y le amó con toda el alma. Ella estuvo al pie de la cruz, firme, aunque con el corazón desgarrado, junto á la Reina de los grandes dolores. Total, que hicieron más en aquel tremendo día las mujeres que los hombres; pero aquella mujer tenía... corazón y sentimiento; corazón y sentimiento que se necesita para abrazarse con el dolor, con el martirio, con la cruz y redimir al mundo por el sacrificio de nuestra alma en el altar de nuestros amores.



Paso de EL ENCUENTRO, de la Cofradía de Jesús Nazareno.

Hoy y mañana.

De vuestra corte el velo ¡Oh príncipes alzad! Sagradas puertas, Abrios para que entre el Rey del Cielo, Por cuyo triunfo quedaréis abiertas. JOSÉ M. VALDÉS.

Se acercaba la hora nona. Densas tinieblas cubrían el firmamento. Sobre la cumbre del Gólgota, crucificado cual si fuera un malhechor, está el Hijo de Dios, por salvar al hombre.

Los escribas y fariseos pasan insultándole. Solo un pequeño grupo sigue á lo lejos con angustia la terrible escena que se representa. Pero... el trueno retumba, las piedras se rompen, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, la naturaleza imponente se postra ante la divinidad del Redentor; el temor se apodera de los antes atrevidos, y los soldados que custodiaban la cruz, llenos de asombro ante el prodigio, repiten aterrados: «Verdaderamente que este hombre era el Hijo de Dios.»

Los que no creían ante la palabra llena de mansedumbre y atractivos del Salvador, creen ante el solemne cumplimiento de las Profecías. El hombre está redimido.

Los apóstoles predicán las sublimes enseñanzas del Crucificado; el número de fieles se multiplica con rapidez aravillosa. La Cruz lo llena todo; el campo y la ciudad; pero los enemigos no han desaparecido: escondidos en los momentos difíciles, reaparecen á cada instante, envueltos en el sofisma y la calumnia ó en la tiranía de la fuerza; las persecuciones violentas ó hipócritas se repiten sin cesar. A veces, los que debían marchar á la cabeza de sus pueblos y dar la voz de alarma, sienten miedo en el corazón.

No importa; la cruz elevada en el Calvario ante el pueblo judío, continuará su triunfal marcha á través de los siglos. Los que no cumplieron cual debían, y, como Pilatos, se lavaron las manos entregando y azotando al Justo, por no atreverse á cumplir con su deber; los que cerraron los oídos á las palabras de mansedumbre y dulzura del Salvador, se convencerán

como los judíos ante el inmenso espectáculo de su poder... pero ya será tarde. En cambio los que supieron sufrir por Cristo, purificándose en la lucha de la fe, entrarán victoriosos tras el lábaro del

Santo y fuerte Señor, que, combatiendo, derribados Ha dejado al infierno y á la muerte. E. AMADOR.

Mariposeo.

—¿Pero, cómo? ¿Mariposeo en el extraordinario de Semana Santa? Sea usted más religioso; la piedad no permite su carácter burlesco, y reprende su afán de crítica en estos días de piadosas memorias y meditaciones solemnes.

—No puedo resistir la comezón que me consume de mariposeador, y á fe, que en los personajes de la Pasión Sacrosanta de Cristo, hay materia sobrada para más de una crítica de esta índole.

Mariposeemos, aunque sea santamente, como conviene en nuestra gran fiesta. ¿Sabéis, quién era Judas? Un personaje harto conocido, y como singular en su ingratitud de apóstol,

no merece nuestra atención; es como los monstruos en la naturaleza; un fenómeno que con toda su satánica fealdad, rara vez se repite.

¿No os habéis fijado en que los apóstoles huyeron después de la cena, abandonando al Redentor en manos de los enemigos? Esto ya nos ocurre más veces á nosotros. Sin embargo, hubo uno que tuvo la audacia de cortar de un tajo la oreja de un siervo. Valiente, á fe mía; pero de la clase de los bravucones, que dan el primer asalto y luego... pies para que os quiero. Tipos así van abundando; buenos sentimientos, algo de coraje, después... agua de cerrajas.

A Pilatos, le claman los escribas y fariseos: «Si no condenas á ese hombre, no eres amigo del César». Pilatos vacila; aún siente el eco de la voz de su conciencia, pero débil, muy débil; la cartera de Gobernación le fascinaba; y el qué dirán, el provecho propio, el miedo á las izquierdas y el ayuno en lontananza, lejos de la olla del poder, le convencieron atacándole al estómago y... á la vanidad. Desde entonces empieza en la era cristiana el turno de los partidos, que se acabará cuando muera el último justo víctima del último justicia renal.

La crucecita de laurel.

Excepción hecha del ramo reservado para el señor Cura, ninguno de los otros repartidos entre los justicias de Villahonda, era tan bien formado y derecho como el que tocó al señor Luis.

Su miada de picardía debió mediar en ello; porque don Genaro, que era el sacristán y maestro del pueblo, mantenía gran amistad y relación con el señor Luis, señaladamente desde que á éste nombraron alcalde de Villahonda. No era, pues, de extrañar, que cuando el alcalde se acercó al altar para recibir el ramo bendito, don Genaro, pusiera en manos del sacerdote el más majó y derecho, entre los nueve que para los concejales estaban apartados.

¡Y lo satisfecho que quedó Manolo, cuando le entregó su padre el ramo de laurel que llevaba de la iglesia! ¡Qué cruz tan bonita iba á hacer con aquel tronco tan limpio, seguido y á propósito para tallar las labores que ya tenía él ideadas! La crucecita figuraría los tres clavos de la pasión: el larguero, rematando con el Inri, y por su parte inferior en afilada punta; los otros dos, como si estuvieran clavados en el primero, á la misma altura, pero en opuestos lados, formarían los brazos y sostendrían la corona de espinas que de ellos había de estar pendiente.

Corrió Manolo con su ramo en la mano izquierda y su cortaplumas en la derecha, á la alcoba de Rosarito, preciosa niña de diez años, consumida por terrible dolencia, y que parecía esperar sonriente el día muy cercano de la salud deseada.

—Mira, hermanita: vengo á hacerte compañía durante unas horas, porque á tu presencia, quiero concluir la cruz que he de poner á tu cabecera para que te cure, si Dios así lo quiere. El párroco nos ha dicho que para los ramos hoy bendecidos y repartidos en la iglesia, se pide la virtud de que sirvan contra todas las adversidades del cuerpo y para conseguir la protección de Nuestro Señor, y ya ves tú si es fácil que recobres la salud colocando mi crucecita en tu alcoba. Una casi imperceptible sonrisa significadora de opuesto convencimiento y de santa resignación, se dibujó en el rostro descolorido de la enfermita, que con intensa mirada de agradecimiento, pero sin pronunciar ni una sola palabra, contestó, expresivamente, á Manolo.

Comenzó éste su trabajo carpinteril, y corte por un lado, raspadura por el otro, pegadura de éste, remate y colocación de aquél, dió por terminada su labor, mostrando á la hermanita, con mal disimulada fruición, la delicada obra que había salido de sus manos.

Tampoco se abrieron esta vez los labios de la enferma, pero tomó la cruz con su descarnada mano derecha y trabajosamente la acercó á su boca, estampando en ella un beso silencioso, débil y sinceramente efusivo, dando á entender por señas á su hermano, que la colocase en la cabecera de la cama y en sitio donde pudiera verla.

Rosarito fué rápidamente empeorando; la tuberculosis pulmonar avanzó con pasos de gigante, y el Viernes Santo, á las tres de la tarde, voló su alma candorosa é inocente á la venturosa mansión de los justos.

Cuando Manolo, perdidas las ilusiones esperanzas en la curación de su hermana, y llena de amargura el alma, fué á abrazarse al cadáver de Rosarito para estampar en su frente el último beso, enredósele entre los dedos la cinta de donde pendía en el catre la crucecita de laurel, y tomándola respetuosamente con ambas manos y alzándola hasta ponerla al alcance de sus labios, imprimió en ella un ósculo, intenso, fervoroso, ardiente, acompañado de estas palabras entrecortadas por el llanto:

¡Oh, Cruz bendita! Verdaderamente has sido portadora de eterna

é inquebrantable salud para mi hermana, que ya vive donde el dolor y el sufrimiento no se conocen.

Dice la leyenda que aquella cruz hecha por Manolo, fué enterrada con el cadáver de Rosarito. En uno de los ángulos del cementerio de Villahonda, y junto á la sepultura de la niña Rosario Martínez, existe un corpulento laurel de abundante ramaje, que todos los años proporciona los ramos necesarios para la procesión del domingo de este nombre.

Y las gentes del pueblo llaman á aquel árbol *El laurel de la cruz*.

MACHETZ.

La Virgen de los Dolores.

O vos omnes, qui transitis per viam!
(DE MOSÉN VERDAGUER).

Al pie del árbol sagrado
Llora una madre afligida,
Viendo que ya es muerto el fruto,
El fruto que da la vida;
El fruto es el buen Jesús,
Ella muy bien lo sabía,
El árbol la Cruz sagrada,
María la Virgen bendita,
Las palabras que ella dice
El corazón afligian:
«Yo tenía un Hijo muy bueno,
Mejor que El no lo había,
Me le han prendido y atado
Y en una cruz ahora expira;
Rosal, rosal de los cielos
Que en mi pecho florecías,
¿Qué se han hecho de tus flores,
Que ahora sólo encuentro espinas?
Vosotros que recorréis
El camino de la vida,
Decidme si hay pena acaso
Comparable con la mía.»

GLAUDERÓ.

Reinado de amor.

I
El pueblo judío, el maldito pueblo, el más miserable de los pueblos de la tierra, el que de inocente sangre manchó sus manos apedreando á los apóstoles, llega en un delirio de exaltada perversidad á perpetrar el más horrendo crimen: llega al deicidio... ¡Es triste suerte la del pueblo ingrato y desleal que crucifica al que antes recibió como libertador de Israel!

A Jesús nada se le oculta. Aún en los triunfos penetra en aquel pueblo, y sabe cuál es la hora marcada por su Padre para el sacrificio; por eso, antes que el drama se desarrolle, muestra al mundo el amor en su más alto grado de espiritual grandeza.

II
Era la tarde de un jueves. Por un camino, dos hombres son guiados por otro de continente grave, de bello rostro y rubia cabellera... Es Jesús, que volviendo su vista al Huerto de las Olivas, se dirige á la ciudad, que á lo lejos se esconde entre pequeñas nubes, como avergonzada del crimen que presiente...

III
Es el Cenáculo donde los apóstoles rodean á Jesús. Celebran la fiesta del Cordero Pascual. Terminada la cena, Jesús, más patriarca que todos los patriarcas, más grande que todos los grandes, bendice el pan y lo reparte entre los discípulos, diciendo: *tomad y comed, este es mi cuerpo*; después bendice el vino y se lo da, diciendo: *tomad y bebed, esta es mi sangre*... Y en aquel momento es sellado su testamento con amor, amor de su corazón, amor divino que une á todos los hombres bajo el reinado más grande de los siglos, ante el cual clavan la rodilla en tierra todos... menos los judíos... que no le reconocen como Dios.

GAZTEIZKO BAT,



ECCE HOMO.—Bellísima imagen, original del escultor Carmona. Se venera en la sacristía de la Clerecía.

A Jesús crucificado.

Et deridebant eum.

**Te miro, buen Jesús, en ese leño,
siendo el oprobio de la vil canalla,
que en tu amarga pasión el placer halla
y en hacerla más cruel pone su empeño.**

**¿Por qué permites que con torvo ceño,
rompa en pedazos del temor la valla
tu pueblo infiel, y en desigual batalla
logre vencer á su Señor y dueño?**

**¡Qué horror! ¡Mi Dios se muere sin consuelo,
dirigiendo al Eterno sus lamentos,
sin que el Eterno su favor le envíe!**

**¡Y aunque lloran los ángeles del cielo
y el mundo se estremece en sus cimientos
el hombre vil de su dolor se ríe!**

JOSE GARCIA REVILLO

En Nazaret...

Era un sábado en la sinagoga de Nazaret y Jesús estaba entre los oyentes...

Había terminado la lectura de los fragmentos de la Ley (*Parasha*) y el lector se disponía á hacer lo mismo con los de los profetas (*Haphtara*)... Jesús el carpintero hizo señal de querer hablar... La admiración entre los asistentes debió ser grande, porque desde cuándo el hijo de un artesano había adquirido los conocimientos necesarios para pedir el honor de leer y comentar los textos sagrados?

El ángel de la sinagoga ó presidente, asintió á la petición...

Subió al púlpito, Jesús, y el hazán le entregó un cilindro, en torno del cual, estaban arrolladas unas bandas rectangulares. Eran los discursos proféticos de Isaías.

Jesús escogió uno de los pasajes mesiánicos más sublimes. ¿Lo escogió por inspiración ó fué el orden que así lo exigía?

El presidente dió la señal y leyó: *El espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ha ungió, para dar buenas nuevas á los pobres, me ha enviado para sanar á los quebran-*

tados de corazón, para anunciar á los cautivos la redención y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón.

Se sentó (señal de querer hablar); devolvió el libro al hazán; habló... Su voz tenía candencias de majestad, de verdad y de ternura infinita... Hablaba á sus compañeros de infancia; á los pobres ciegos y cojos, á quienes quería curar; á los esclavos, á quienes quería libertar, á los que quería llevar las primicias de la gracia y de la salvación eterna...

Hoy se ha cumplido esta escritura en mí, dijo, y lo probó. El era el representante del Altísimo...

El auditorio quedó unos momentos atónito ante aquella elocuencia sencilla, llena de verdad, del dulcísimo amor, y de bondad infinita que brotaba de sus labios, pura y cristalina como el agua en la roca de Oreb...

Mas todos olvidaron las palabras hermosas de eterna salvación, de salud y de vida, para fijarse en la persona del predicador. La envidia se exteriorizó en este grito: ¿No es este el hijo de José?

Oyó Jesús estas palabras y leyó

en los corazones sentimientos diversos.

Y estas palabras de Jesús, flotaron en el aire para caer después en las almas ruines.

Si, ya os oigo; sin duda me diréis este proverbio: Médico, cúrdate á tí mismo; todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hiciste en Cafarnaüm, hazlas también aquí en tu patria. Pues, bien; en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el Cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo, profeta; mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Siria...

Los nazarenos, al oír esto, se levantaron indignados y arrojaron á Jesús fuera de la ciudad, hasta el monte sobre el cual está edificado Nazaret.

¿No se había comparado Jesús con los grandes profetas, y á ellos con los judíos infieles...? Pensaron despearle... Llegaba el momento crítico, pero Jesús no quiso que se manchasen con su sangre; á otros y en otro lugar estaba reservado el deicidio...; y los detuvo dejando aparecer su majestad divina, y conmovidos y subyugados la abren paso las turbas...; y Jesús con sereno y grave continente atravesó las filas... Salla desterrado de su ciudad amada y tal vez lloró al contemplar desde lejos la casita donde vivió, la que ocultó sus afectos, sus trabajos y sus virtudes; lloró al verse obligado á dejar, sin ser escuchado, el pueblo querido de su infancia...

Pero estaba escrito: *la luz empezará á iluminar los confines de Zabulón y de Neftalí.*

MAIMONIDES.

Los discípulos de Pilatos.

No es posible imaginar acción más execrables que la que llevó á cabo Poncio Pilatos desde los corredores del pretorio, proclamando ante el pueblo deicida, la inocencia del Justo y entregándosele para que le diera muerte ignominiosa clavándolo en una cruz.

Pero lo más extraño del caso es, que entre los hijos de la Iglesia católica sean tantos los imitadores del Pretor, que condenó á Cristo y salvó á Barrabás, que formen legión, y legión escogida, según proclaman muchos admiradores de la diplomacia del Poncio, que se extasian ante los requiebros de la fiera revolucionaria, que respeta sus honores y comodidades en tanto que va arrebatando el espíritu de Jesucristo de las leyes y las costumbres de la sociedad.

Esos, que consienten con su pasividad criminosas, que en los Parlamentos adquieran el carácter de leyes, proyectos en los que se ataca á la santidad de las cosas de la Iglesia y se persigue á sus ministros, haciéndoles víctimas de una opresión ominosa, que es el escarnio de la libertad que proclaman, esos, son dignos discípulos de Pilatos, y se olvidan de Cristo, guardando consideración á Barrabás.

Esos, que tanto empeño ponen en el cumplimiento de las leyes antirreligiosas, so pretexto de que, una vez sancionadas, deben de respetarse, por injustas que sean, esos, son dignos discípulos de Pilatos, y se mofan de Cristo, para tener contento á Barrabás.

Esos, á quienes molesta el que espíritus varoniles levanten el látigo de la censura, para descargarlo sobre las espaldas de los que, por una bien entendida prudencia de la carne, permanecen en la más completa indiferencia y rechazan los trabajos y hasta la buena intención de los que, á costa de grandes sacrificios, pretenden oponerse á los avances del sectarismo, esos son dignos discípulos de Pilatos, y

no tienen inconveniente en la cara á Cristo, siempre que pierdan las atenciones que, ahora, les guardan los compañeros de Barrabás.

Quiera el cielo que todos imitadores del Pretor romano sientan en este mundo el castigo de su vergonzosa ingratitud; pero tengan por seguro persistiendo en su abominable conducta, les espera un trono de honores al lado del que se le ha cedido á Poncio Pilatos para la eternidad.

JOSE GARCIA REVILLO

El pueblo deicida

Sanguis eius super super filios nostros.

Esta horrenda y sacrilega imprecación que un día lanzó contra el cielo el pueblo más ingrato de la tierra, produjo un hecho singularísimo y de inmensa magnitud; un prodigio estupendo siempre antiguo y siempre nuevo, una prueba incontestable y permanente de la divinidad de Jesucristo. El pueblo judío, erucificando en afrenta madero al Hombre-Dios, hizo que sobre su frente rramase el Señor de las gentes toda la copa de su lera divina. Quiso aquel sensato pueblo formular mismo su propia sentencia sus nefandas palabras han nido en el castigo su cumplimiento, más exacto completo, en verdad, que gana ley de la historia.

En pena de haber pisoteado la sangre preciosa del verdadero no bastaba la pena de la ciudad y del templo que no habrían de levantarse jamás. Otras ruinas moraban de venir sobre aquella nación rebelde, de dura costura y de corazón incircunciso en el orden social, vil y político, que alcanzó á toda su infortunada descendencia, y fuesen testimoniales y elocuentes para futuras edades del efecto terrible de las maldiciones vinas.

De la ciudad de Jerusalén no quedó piedra sobre piedra, los hijos de aquel pueblo, persos por toda la haz de la tierra no podrían ni poseer nunca formar un cuerpo nación. Su misión pareciera reducirse á llevar siempre á un libro que no se atenta á leer y que es su denación más explícita y minante; pero ellos mismos parece que son hojas sueltas del libro de las justicias, nas llevadas por el viento de los ángulos del globo, para que los hombres de todos los países y de todas las guas puedan aprender en la divinidad del Cristianismo y el soberano poder de la tima sagrada inmolada por salud de los hombres en la ma del Gólgota.

Ellos dieron libertad á Barrabás, y condenaron á insuplicio al inocente Jesús; desde el mismo instante dieron sujetos á oprobios y vidumbre, sin cetro, sin su patria, condenados á errantes en el mundo, llorando en su frente un estigma indeleble de reprobación, siendo su nombre verdaderamente infame, con infamidad ninguna fuerza humana capaz de borrar. No quisieron abrir sus ojos á la luz de los milagros y de la celestial trina del Hijo de Dios; se hicieron sordos á sus repetidos avisos y llamamientos; héles ahí perpetuamente sordos y sordos en medio del movimiento de pueblos que los días están pasando, las sombras del error á la claridad de la verdad pública. Obraron con negra



Nuestra Señora de la Soledad.

fidia y criminal traición gritando: *Crucifige, crucifige eum* contra Aquel á quien habían recibido pocos días antes con *hosannas* y cánticos de júbilo como á su Rey y Señor; pero ahí están siendo objeto de aversión y desprecio de los hombres, por esa misma abominable perfidia.

Dando la muerte al Autor de la vida, tan sólo consiguieron que la vida triunfara de la muerte; que al contacto de aquel árbol santo renaciese todo lo que estaba muerto ó agonizante, que las naciones gangrenadas por el paganismo saliesen á la vida nueva, vigorosa y fecunda de la civilización verdadera; pero ellos, los que con ensañamiento ferroz levantaron aquel árbol para suplicio é ignominia, experimentaron muy pronto los efectos de la disolución más completa, vinieron á formar un cadáver en que vanamente se intentaría infundir un leve soplo de vida, se quedaron fuera de aquel círculo de progreso de que la Cruz había de ser emblema glorioso y eficaz instrumento.

El odio había cegado á aquel pueblo hasta el punto de preferir atroces insultos y blasfemias contra su Divino Maestro, el odio le había hecho buscar tormentos inauditos con que martirizarle, por el odio preparó una Cruz á su salvador; pero aquellos tormentos y aquella Cruz tornáronse en signo, principio y garantía del amor, no de un amor por excelencia, de un amor que solamente podía venir del cielo, por cuanto reconciliaba al cielo con la tierra, al Criador con la criatura. La Cruz en que el pueblo deicida enclavó á Jesucristo, era trono de misericordia, pero á la vez trofeo de su justicia, porque en ella y por ella quedaban vencidas las potestades del infierno. ¡Misterio insondable de amor! ¡Pero misterio también de justicia! El Verbo humanado se había ofrecido en holocausto para la salvación de todos los hombres; pero ¡ay de sus verdugos que persistiesen endurecidos en su obstinación y contumacia! ¡Ay de los que despreciaran aquel divino rescate! ¡Ay de los que al bajar de aquella montaña ensangrentada no golpearan sus pechos proclamando que verdaderamente aquel era hijo de Dios!

Muy digno de tristes lamentaciones era el porvenir del pueblo judío, reo de la más monstruosa ingratitud y actor del mayor de los delitos. Su castigo, correspondiente á tal

ingratitud y á tal delito, se nos ofrece como asunto de meditación profunda, saludable, como lección de interesante y luminosa enseñanza. Jesucristo fué crucificado una vez en la cumbre del Calvario. La Iglesia, esposa de Jesucristo, lo ha sido muchas veces y lo está siendo por sus crueles enemigos, ingratos también á los beneficios que de ella han recibido, rebeldes y obcecados en no reconocer los que dispensa al mundo todo con su acción santa y civilizadora.

La han jurado guerra á muerte, y en una dilatada serie de siglos vienen proporcionándole una dolorosa pasión, en que se reproducen con bastante exactitud las circunstancias y accidentes con que dieron amarga pasión á su Divino fundador los pérfidos judíos.

Entonces, como ahora, se combinaron la moderación y la violencia, la hipocresía y la audacia, la refinada astucia y las pasiones desenfrenadas para llevar á cabo la obra impía en que todos pusieron alguna parte. Hubo un juez débil y condescendiente con las turbas, que les entregaba al Justo, mientras pronunciaba: *nullam invenio in eo causam*. Y ¿quién ignora que en la vasta conjuración organizado en el mundo contra la Iglesia representan un papel principal los hombres de tal temple, que por un lado la reconocen inocente y pura con sus palabras, y por otro, con debilidad criminal sancionan y prestan concurso á todas las obras de la iniquidad contra ella? Hubo un sedicioso que enseñaba no se debía pagar tributo al César; y este pueblo, preguntado por el juez, *Regem vestrum crucifigam?* contestó: *Non habemus Regem nisi Coesarem*.

Del sistema de los enemigos y perseguidores de la Iglesia en todos tiempos y hoy mismo es el aparentar que no entienden la doctrina católica, por más que con toda claridad la expongan un día y otro día los ministros de Dios, con el fin de presentarla desfigurada al pueblo y hacérsela odiosa, el mentir y calumniar con descaro, el tergiversarlo y confundirlo todo, para que el pueblo rechace el reinado de Cristo.

Nolimus hunc regnare super nos, exclamaron los judíos; y esta misma es la aclamación de cuantos inspirados por la soberbia reusan someterse á la autoridad y yugo de la Iglesia. Pero el pueblo judío no sólo tuvo para Jesús rebeldes

insultos y dolorosos tormentos, sino también la befa y el escarnio. Nególe la adoración que le debía como Rey; pero además se atrevió á hacerle sacrilega mofa, vistiéndole una ropa de púrpura, poniéndole por cetro una caña y saludándole *Ave Rex*, como monarca de burlas. Una soberanía de esta naturaleza, una soberanía irrisoria y que sólo excite el desprecio, es la que muchas veces solicitan y preparan para la Iglesia sus inicuos opresores, valiéndose de maquiavélicas artes y del abuso de la fuerza. Coronaron, sí, los verdugos de Cristo, al Redentor del mundo, pero fué con la corona del sufrimiento: coronada también de espinas se nos presenta siempre la Iglesia por los continuados ataques y persecuciones con que la han afligido sus malos hijos y sus enemigos encarnizados.

Permaneciendo hasta el fin en su orgullosa incredulidad aquel pueblo insensato, provocaba al Salvador pidiéndole un milagro y diciéndole: *Si eres hijo de Dios baja de la Cruz*, cuando había presenciado ya sin hablandarse los muchos y portentosos milagros que su Divino Maestro había obrado. El moderno naturalismo, la impiedad y el escepticismo también piden todavía milagros, cuando nada tan milagroso como la existencia de la misma Iglesia, combatida con la mayor tenacidad y desprovista de todo auxilio humano, atacada con toda clase de armas y elementos y victoriosa siempre de toda suerte de enemigos.

Espiró Jesús consumando el sublime sacrificio y la sangre que había vertido generoso comenzó á dar en la tierra sus naturales frutos, porque era Aquel que había sido puesto para la ruina y resurrección de muchos. Resucitó al tercer día saliendo triunfante de su sepulcro, y su resurrección gloriosa inundó de júbilo á los judíos, sirvió de oprobio y vergüenza á sus enemigos. La Iglesia, sufriendo pasión continuada también resucita con frecuencia, dejando burlados y confundidos á los que la tenían por muerta para siempre. El momento de sus mayores dolores, suele ser la víspera de su triunfo. No uno, sino muchos Julianos, al mo-

rir la han reconocido, bien á su pesar, vencedora.

Cuantos la han ultrajado, vilipendiado y perseguido con saña semejante al pueblo deicida, no han logrado otra cosa que contribuir á darla nuevas y más hermosas victorias; pero ellos atrajeron sobre sí el merecido castigo de su horrenda conducta, su completa perdición y ruina.

La ingratitud, pecado capital del pueblo judío, es también el de aquellos pueblos y sociedades que anotados por la religión verdadera, civilizados por la Iglesia, y colmados por ellas de beneficios de todo género, las rechazan luego con temerario orgullo, las apartan de sus instituciones, leyes y costumbres ó las oprimen y mueven guerra.

Pero el peso de la mano de Dios, se hace sentir pronto sobre las naciones prevaricadoras. Puede arrojarse á Dios violentamente de un Estado; pero donde falta Dios, principio fecundo de unidad, de amor y de vida, entra la división, y tras de la división viene la disolución y la muerte. *Todo reino dividido será desolado*.

CANO.

Stabat Mater.

La Madre piadosa estaba junto á la cruz, y lloraba mientras el Hijo pendía; cuya alma triste y llorosa, traspasada y dolorosa fiero cuchillo tenía.

¡Oh cuán triste, oh cuán afita se vió la Madre bendita, de tantos tormentos llena, cuando triste contemplaba y dolorosa miraba ¡del Hijo amado la pena!

Y ¿cuál hombre no llorara si la madre contemplara de Cristo en tanto dolor? Y ¿quién no se entristeciera, piadosa Madre, si os viera sujeta á tanto rigor?

Por los pecados del mundo vió á Jesús en tan profundo tormento la dulce Madre, y muriendo el Hijo amado, que rindió desamparado el espíritu á su Padre.

¡Oh Madre, fuente de amor, hazme sentir tu dolor para que lloro contigo! Y que por mi Cristo amado mi corazón abrasado, más viva en él que conmigo.



Nuestro Padre Jesús Rescatado, que se venera en la iglesia de la Trinidad.



Imagen de Nuestra Señora de los Dolores, que se venera en la capilla de la Cruz.

Y porque á amarle me anime, en mi corazón imprime las llagas que tuvo en sí, y de tu Hijo, Señora, divide conmigo ahora las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar, y de veras lastimar de tus penas mientras vivo; porque acompañar deseo en la cruz, donde le veo, tu corazón compasivo.

Virgen de vírgenes santas, lloro yo con ansias tantas, que el llanto dulce me sea; porque su pasión y muerte tenga en mi alma de suerte, que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me enamore, y que en ella viva y more, de mi fe y amor indicio; porque me inflame y me encienda, y contigo me defienda en el día del juicio.

Haz que me ampare la muerte de Cristo cuando en tan fuerte trance, vida y alma estén; porque cuando quede en calma el cuerpo, vaya mi alma á su eterna gloria. Amén.

LOPE DE VEGA.

¡Era el hijo de Dios!

—Y vosotros... ¿quién decís que soy yo?

—Señor, nosotros creemos firmemente que Tú eres el anunciado en las profecías, el Mesías verdadero, que eres el Hijo de Dios.

Esto contestaba Pedro en las orillas del Tiberiades al Redentor del género humano.

¿Qué señales divinas veía el Apóstol en el Hijo de María, para hacer tales afirmaciones? La santidad de su doctrina, la sublimidad de sus enseñanzas, la pureza de sus costumbres, la enérgica dulzura de las palabras que salían de aquellos labios, la aureola de gloria que inundaba todo aquel divino ser.

Con razón preguntó una vez á los fariseos:

—¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecador?

—El pueblo se conmueve con vuestras predicaciones, decían aquéllos.

Y ¿cómo no había de conmoverse una sociedad que tuvo la inmensa dicha de oír las profundas doctrinas de nuestra Religión por boca del mismo Jesucristo?

La misma Santa Humanidad de Cristo, permite rastrear dentro de nuestro limitado entendimiento su Divinidad.

Un hombre no puede abarcar en su pecho el manantial inagotable de caridad y amor que manaba del corazón amoroso del Hijo de María...

—Ama al que te ame, pero ama también al que te odia, decía Jesús cuando enseñaba, y justificando estas palabras con el ejemplo más sublime, exclamaba pendiente de la cruz:

—¡Padre mío!... ¡Perdónalos... que no saben lo que se hacen...! ¡Venid, filósofos!... y decidme si entendéis bien este ejemplo de Jesús...

Estudiadlo, porque el gran pro-

blema de la humanidad ha sido formulado con esta sola palabra: *Caridad*.

Seiscientos años antes de la venida de Jesús al mundo, vaticinó el profeta Daniel el gran acontecimiento que hoy celebra el cristianismo.

«Un hombre (decía en una epístola Herodes á Tiberio, sucesor de Octavio), recorre estos lugares, habla á las gentes y las atrae con sus doctrinas. Es de estatura regular, color ligeramente moreno, ojos grandes y negros, nariz recta, y lleva la barba y cabello, según costumbre de los nazarenos. Sus ademanes son tan dulces y su mirada es tan penetrante y majestuosa, que no se le puede mirar sin sentir respeto.

Nunca se le ve reír; mas algunas veces ruedan lágrimas por sus mejillas.

Hace milagros y dice que es el Hijo de Dios. Temo que esto pueda acarrear trastornos en las gentes, que no pueden resistir el influjo mágico de sus predicaciones».

Dormid tranquilos en vuestras tumbas, Herodes y Tiberios, que ya las gentes no seguirán las predicaciones, cuyos tumultos teméis, de Aquel Hombre de regular estatura y de penetrante mirada, que lleva la barba partida en dos mitades, como acostumbra los nazarenos.

Allí lo tenéis; ya derramó toda su sangre para lavar nuestras culpas; está con los brazos abiertos esperándonos, pues su caridad es inagotable é infinita: Allí está la vida eterna; allí está Dios!.. Aprovechad aquel foco de vida, de felicidad y de ventura; tened presente que cada una de aquellas lágrimas y cada una de aquellas gotas de sangre que se desprende de su divino costado, vale más que toda la humanidad redimida, y más que ese sol y ese cielo, y esas mil constelaciones que brillan y testimonian el poder del Eterno, sobre vuestras cabezas, pues el que allí expira es el verdadero Hijo de Dios.

MELCHOR GARCÍA LOPERA.

Poncio Pilatos.

Viéndote de la infamia en la picota, por tu horrendo deicidio sin segundo, ha veinte siglos que te execra el mundo, y tu memoria envilecida azota.

La sangre del Dios-Hombre, gota á gota cae, corrosiva, en tu reuerdo inmundado, que, de los tiempos en el mar profundo, como cadáver insepulto flota.

Injusto en tu justicia, juez cobarde, haciendo de piedad público alarde llevabas al suplicio al inocente;

y, cual hoy acontece sin rebozo, descendías al negro calabozo berta otorgando al delincuente.

PILAR DE CAVIA.

La mujer fué quien principalmente supo sentir y llorar la muerte del Justo, acompañándole en su dolorosa Pasión. A ella corresponde obtener para las sociedades actuales, mediante sus esfuerzos continuados, el fruto de la Redención.



La muerte de Jesús.

Fragmento.

Así murió, diciendo: — ¡Oh Padre mío!
 En tus manos mi espíritu encomiendo. —
 Y con tan grande fuerza y tanto brío,
 Voz tan alta y gemido tan tremendo,
 Que mostró bien su eterno señorío
 Sobre la propia Muerte así muriendo;
 Y el alma despidió, y dejó suave
 La cabeza inclinada al pecho grave.
 Cual repentino y espantoso trueno
 Toca el oído y hiere juntamente
 La vista perspicaz de lleno en lleno,
 Y aun antes el relámpago luciente;
 Y abrasa la cabeza y arde el seno
 Del hombre al mismo punto el rayo ardiente,
 Sin que prevenga el último desmayo
 Que el trueno da, el relámpago y el rayo;
 Tal de Cristo la voz maravillosa,
 Cual trueno y cual relámpago su vista,
 Y como rayo el alma poderosa,
 Sin encontrar poder que le resista,
 Hierde de la canalla pavorosa,
 Y hiriéndola acaba la conquista,
 Oído, ojos y cabeza y seno,
 Sin ver rayo, relámpago ni trueno.
 Y Lucifer, volviendo las espaldas
 Huyó con sus vencidos escuadrones:
 Iba Miguel pisándole las faldas
 Con parte de las inclitas legiones:
 Estos ya van ceñidos de guirnaldas,
 Y tremolando alegres sus pendones;
 Y esotros los cabellos erizados,
 Cobardes, confundidos, asombrados.
 Cual las nocturnas aves más pequeñas
 Al cebo de la sangre detenidas,
 En viendo de la aurora las risueñas
 Sienes, en blanca y pura luz teñidas,
 El aire dejan y a las rotas peñas
 Acuden deslumbradas y corridas,
 Quizá de verse procurando á oscuras
 Do esconderse agujeros y roturas:
 Así huyen aquellos infernales
 Espíritus con miedo, recelando
 Del Sacro Sol los rayos celestiales,
 Y su infelice obscuridad buscando;
 Y tras ellos Miguel, con inmortal
 Fuerzas, y su vencido y noble bando,
 Siguen su alcance bravos y ligeros
 A fuer de victoriosos caballeros.
 Y blandiendo una gruesa y dura lanza
 De los hierros que limpios centellean,
 Muestra el ángel gallardo su pujanza
 En los que pertinaces aún bravean:
 Y como á los soberbios más venganza
 Es decirles quién son, porque se vean,
 Les va diciendo: — Caminad, mezquinos,
 Al caos, de inficionado el aire indinos:
 Id, confundidos, bramando al fuego eterno
 A donde os despeñó vuestra malicia,
 Y muriendo vivid en el infierno,
 Verdugos fieros de la gran Justicia;
 Que ya en la cruz perdisteis el gobierno
 Del mundo, ya la intrépida milicia
 Del Dios crucificado os abandona,
 Y el os juzga, os condena y aprisiona.
 Ni en Delfos engañéis al mundo ciego,
 Ni oráculo finjáis en otra parte,
 Ni al romano ambicioso y frágil griego
 Representéis á Júpiter ó Marte:
 Allí, malditos, entre hielo y fuego,
 A sombra y noche, vuestra sed se harte:
 Vuestra insaciable sed del mal ajeno:
 Allí bebed, y allí escupid veneno. —
 Hablando así, Miguel acompañaba
 Al ánima de Cristo, al Verbo unida,
 Con una tropa de su gente brava,
 Para grandes hazañas escogida:
 Y otra, que cerca de la cruz estaba,
 La dejó en el Calvario entretenida,
 Porque con pompa, funeral y espanto
 Invisible sirviese al Cuerpo Santo.
 Los ángeles también, que en tierra y cielo,
 Aire y mar esperaban obedientes,
 En muriendo su Dios, con vivo celo
 Efectos mil hicieron diferentes:
 Uno del templo antiguo el sacro velo
 Presto rompió con fuerzas vehementes
 En dos partes, de arriba hasta abajo,
 Con sentimiento más que con trabajo.
 Y por la fuerza valerosa
 Y virtud de los astros admirable,
 Se estremeció la tierra temerosa,
 Con furor sacudiéndose espantable;
 Y el mar pasó la raya rigurosa
 Que Dios le puso, y brava y formidable
 Con los bramidos atronaba el Cielo,
 Y con las ondas azotaba el suelo.
 Los vientos de sus cóncavos y oscuros
 Calabozos, rugiendo se arrojaron,
 Y levantando torres y altos muros
 Y enhiestos graves montes derribaron:
 Unos con otros los peñascos duros
 Y las menudas piedras se encontraron,
 Y á golpes sacudidas se partieron:
 ¡Tanto la muerte de su Dios sintieron!
 Y los archivos con verdad fieles,
 Que guardan en depósito á los muertos,
 Sin ser á sus tesoros infieles
 Se mostraron al caso atroz abiertos:
 Y el capitán de aquellos cien cruces
 Que cercaban la cruz, y otros despiertos
 De su sueño mortal, con voz doliente
 A Dios glorificaban claramente.
 — El era justo, Hijo de Dios era, —
 Aclamaban en lágrimas desechos.
 — ¡Ay! ¿Quién usó con El maldad tan fiera? —
 Proseguían hiriéndose los pechos:
 Y otros á la ciudad más que severa
 De los terribles amatazados hechos
 De profetas y santos, se volvían
 Y las mismas palabras repetían.
 Seguid, seguid los miseros lamentos;
 Alzad, alzad las penitentes voces,
 Que aun no se han declarado los intentos
 De Dios contra esos ánimos feroces:
 Tiempo vendrá, cuando veréis portentos
 Que os amenacen, peridos, atroces;
 Y se cumplan horribles y estupendos,
 Si no con tantos impetus y estruendos.

FRAY DIEGO DE HOVEDA.

Las penitencias del Rey.

Son días de oración y de mortificaciones estos de la Semana Mayor, y lo fueron en anteriores siglos hasta para los mismos reyes y príncipes cristianos.

La ceremonia del lavatorio de los pies á doce pobres, y la de servirles después la comida el mismo Monarca, era la humillación voluntariamente aceptada por aquellos soberanos ante cuyo poder y majestad, más de una vez temblaron los linajes y encopetados señores del Reino. Pero humillábanse, y de rodillas, besaban los pies de los doce pobres, entregándoles luego á cada uno su bolsita con 13 escudos de oro, porque Cristo, que es Rey de Reyes y Señor de los que dominan, también se había puesto de rodillas delante de sus apóstoles y les había lavado los pies, dando ejemplo, que quiso fuera imitado por los grandes de la tierra.

Esta enseñanza dábanla también ellos á sus sucesores.

Curioso es lo ocurrido con Luis XIII de Francia, cuando á la edad de seis años quiso su padre, Enrique IV, que el heredero en el trono le acompañase en la ceremonia y lavase también los pies de doce pobres jóvenes.

Cuando el médico de Cámara comunicó á Luis XIII la voluntad de su padre, el príncipe niño no pudo contener un movimiento de repulsión, que expresó con las siguientes palabras: «No, eso no lo haré yo. Los pies de los pobres despedirán un olor repugnante.»

Al día siguiente, Luis XIII, acompañado del príncipe de Condé, del de Conti y del conde de Soissons, se arrodillaba delante de los pobres, y en la propia palangana de plata que usaba para el diario aseo de su persona, lavó los pies de aquellos doce pobres, á quienes sirvió después, regocijado, abundantísimos y selectos manjares. El ejemplo de su padre había sido eficazísimo.

El acto de mortificación que los monarcas realizaban el Viernes Santo, era, si se quiere, más heroico todavía; pero demostraba, de una parte, la piedad de aquellos reyes, y de otra, la veneración y el respeto que para con ellos tenía el pueblo.

La ceremonia consistía en la imposición de manos que el Monarca había de hacer á los pobres, llagados con repugnantes escrófulas. Traslábase á los hospitales, y acercándose á los enfermos, colocaba su mano desnuda en la frente de cada uno de ellos, le tocaba ambas orejas y pronunciaba estas palabras: «El Rey te toca, pero Dios es el que ha de curarte.»

Y cuentan las crónicas, que muchas veces aquellos enfermos conseguían la salud, rápida y prodigiosamente, después de haberles sido impuesta la mano del Soberano.

M.

¡Coronado de espinas!

Espectáculo de sin igual grandeza y sublimidad el que ofreció la mansedumbre del Salvador al ejemplo de los hombres; escena incomparable la de su coronación dolorosa! Nunca como en aquella ocasión memorable de los siglos pudo creerse del Hijo del Hombre, con el profeta, que era humillado y herido de la mano como un leproso, cual si pesara sobre El todo el bagaje de las maldiciones y anatemas divinos. Sobre su persona cerníase ya la gigantesca mole de todas las abominaciones y crímenes del mundo, y la ingente infinita gravedad y machedumbre de todas nuestras iniquidades.

Al desenlace imponente y trágico de aquel suceso, todo pareció contribuir con el ajuste y exactitud de un designio bien calculado: los vivos contrastes de acontecimientos, de personas, de circunstancias; la divinidad vilipendiada, ultrajada por la chusma soez; las insignias de la púrpura y de la corona, representativas de cuanto hay en la tierra más digno é intangible, la

realza, puestas á los pies de la hampa de la sociedad y de los campamentos; la inocencia de la víctima y la ferocidad cruel, venásica de sus verdugos y perseguidores; la mansedumbre y santidad divinas; en suma, contrastando vivamente con aquel hervidero de bajas pasiones, en la soldadesca ruin y encanallada de un cuerpo de guardia.

¡Qué sombríos, qué aciajos pensamientos, qué congojas de muerte debieron atribular á la persona del Redentor al ver su Majestad adorable expuesta á la algarazara, inculca y dolorosa realidad de aquellos episodios que tanto habían de estremar los indecibles rigores de aquella jornada! El escarnio, las burlas más inicuas, la irrisión más despiadada y procaz, las humillaciones más afrentosas, las insolencias más ofensivas y humillantes: he aquí el terrible preludio de su coronación dolorosa, y antes de aceptar la ruente corona de su martirio, quiso ser coronado con el deshonor y baldonado con la ignominia, antes de ser investido de las insignias y atributos risibles de rey de parodia, de falso rey, quiso ser despojado, para que así llegase á colmo su sacrificio, de aquel reinado espiritual que, cimentado en los prestigios, preponderancia y popularidad de su divina persona, había llegado felizmente á culminar en las aldeas y ciudades circunvecinas. Porque bien cierto es que el poder soberano del Salvador sobre los elementos que le obedecían sumisos; la gracia y majestad de sus maneras inimitables; la dulzura atrayente de sus palabras, la música de su voz, que calmaba, como en el llago de Genesareth, las olas embravecidas de las tempestades del corazón; el poder mágico, nunca visto, de sus miradas, para mover y trocar los corazones y llevar á ellos la sensibilidad y compunción más tiernas y consoladoras; la presencia, en fin, de su persona, obrando sobre los sentimientos de los que se le acercaban, como talisman irresistible, habíalele granjeado á Jesús un reinado glorioso y pacífico entre las sencillas gentes de aquellas comarcas.

En medio, pues, de la mayor soledad y abandono, teniendo por único testigo mudo de aquella escena el más solemne silencio de la noche, cuando la ciudad de Jerusalén se entrega al descanso y blando sueño, después de las agitaciones y trágo de la vida diaria, sufriendo los más acerbos dolores, que acrecían las circunstancias de aquella farsa impía que se estaba representando, fué ceñida é hincada en las sacrosantas sienes y adorable cabeza de Jesús, una corona de agudas espinas que taladraron su sagrado cerebro, transurberando, á la vez, las fibras más esberdidas y sensibles de su corazón, anegado en un mar de sentimientos, los más tristes y doloridos.

Allí, con la previsión fija en el desarrollo de los sucesos que se estaban verificando y tocaban ya á su próximo desenlace y trágico fin, sintió Jesús todas las coronas de punzantes espinas que habíamos de clavar los pecadores en su sacrosanta cabeza en el decurso de los siglos. La obsesión sombría, nefasta, de aquella escena y estas espinas, agobiaron su imaginación sobrecogida de espanto, é hicieron á nuestro Salvador concebir terrores de muerte, que esperaban y ennegrecían en su derredor como la extraña y angustiosa lobreguez de un mar sin límites en noche de tormento. Mas, ávido de sufrir y de baldones, el divino Maestro, después de ser blanco del público desprecio de sabios orgullosos, de fingidos príncipes, de cortesanos libertinos y de sacerdotes de corazón carcomido por el fariseísmo más repulivo é hipócrita, quiso también, para que nada de baldón faltase á su coronación cruenta y dolorosa, entregarse á los instintos canalleros de la cohorte del Pretorio, muy avezada á escenas de sangre y bien dispuesta á llevar á cabo la parodia y consorcio repugnante de lo grotesco y cruel, que en todo tiempo los mal nacidos han tenido el triste privilegio de sentirse impulsados por sus siniestros sentimientos á espectáculos de este jaez, de más á más, si á del sarcasmo puede de algún modo la crueldad corresponder á la respetabilidad de la persona víctima de tales violencias y desafueros.

No obstante, nuestro divino Redentor no vacila, no duda, no tiembla y todo lo arrostra denodado por nuestro amor. ¡Con qué amorosa liberalidad y superabundancia, Jesús mío, único verdadero Rey entre los reyes de la tierra, único verdadero Señor entre los que dominan en el mundo, nos rescataste, en el menosprecio de tu verdadero Reinado, de esta maquinai infernal de reinos que á cada paso forja nuestra fantasía, del endiosamiento frecuente de nuestro orgullo, en el fondo del cual, levantamos un trono pasajero y fantástico, soñamos

un cetro, una corona tramada, no de espinas, Señor, como la tuya, sino entretejida y mullida de blandas y olorosas flores que regalen y deleiten nuestros punibles apetitos, nuestras ambiciones insensatas de poder y de preeminencia, y quien sabe, quien sabe si por ventura una pasión que debería avergonzarnos, ó los requerimientos sugestivos de la vanidad, en vez de erigir y consagrar en el sagrado de nuestro pecho un trono de honor á tu Majestad soberana de Rey, Rey suave y pacífico! ¿Quién ha parado así al Rey de la gloria, Monarca inmortal de los siglos, que ostenta los esplendores de la corona real de su hermosura increada, los reverberos de su divinidad, de imponderables encantos, de concebibles embelesos para los moradores de la ciudad de Dios? ¿Quién puso manos en esas sienes benditas, donde se refleja la brillantez de la eterna aurora de su Cielo, donde se miran los ángeles y se extasían anonadados en toda la nobleza de su ser, en toda la magnitud incomprendible de la gloria indeficiente de que gozan sin interrupción, sin esas vanas y constantes alternativas de todos los placeres de la tierra?

Y, sin embargo, ¡quién lo creyera! Así, coronada de espinas, bañada en su sangre preciosa, menospreciada abatida, hubo de ser más soberana la majestad caída de Jesús, más grande y adorable su Humanidad cansada, rendida á los dolores y menosprecios, su reinado más blando, apacible y glorioso, como que se ha ganado las voluntades y ligado los afectos y amor de los hombres al influjo sobrehumano y atracción poderosa, irresistible de su divina mansedumbre.

Estaba, sin duda, decretado que aquella ecuanimidad tan soberana del Redentor y aquella mansedumbre tan digna, tan igual é inalterable fueran los puntales más firmes sobre que se asentase su futuro glorioso reinado en el corazón de los hombres.

Los reyes de la tierra, como tienen limitados su soberanía y poder en el tiempo, cifran la bienandanza y prosperidad de sus reinos en la sujeción omnimoda de sus súbditos á la arbitrariedad y violencia de sus leyes tiránicas y opresoras; no así, en verdad, el reinado del divino Maestro, que funda sus mejores esperanzas, sus más brillantes éxitos en el homenaje de nuestra libertad, tributado á las espinas punzantes de las esperanzas de la vida, porción necesaria, inevitable de la herencia humana, pero dulcificadas por la suave acción de la caridad que encumbra los corazones hasta el reinado incomparable del amor divino.

A pesar del velo de su rena tristeza que cubría aquella noche aciaja el semblante de Jesús, y empañaba en parte la lumbre de sus ojos, aquella luz que antes hacia estremecer de júbilo y palpar aceleradamente los corazones, no sé qué reflejos de suprema apacibilidad iluminaban y envolvían su majestuoso continente, no sé qué sobrehumana dignidad había en la lentitud grave de sus reposados movimientos y ademanes, que á no tener embotado el sentido y gastados esos impulsos naturales de compasión ante la desgracia ajena, hubieran aquellos verdugos cejados en su innoble y cruel afán, en su abominable martirio, y rendido muy luego el tributo de su adoración y de su amor al Nazareno coronado.

Sin embargo, la pena y sufrimientos físicos de Salvador en este paso de su coronación, no pueden ser comparados con las hondas tribulaciones que agitaron su espíritu: más que por aquellos hilos de sangre preciosa que surcaron su augusta frente, sufrió Jesús por las ansias infinitas de su amor que movía, encendía y trabajaba el corazón divino; más que por los acerbos dolores que atormentaban su cuerpo, por la pesadumbre infinita que afligía inmensamente su alma á la vista de nuestra ruina y perdición irreparables; más que las densas tinieblas de aquella noche infausta, entristeció al Dios-Hombre la negra cerrazón que en lontananza amenaba obscurecer todas las sendas del linaje humano, llegando su extravío á transitarlas de espaldas á la luz que irradiaban sus divinas, impercederas enseñanzas.

No fueron, no, las burlas procazes de aquella cohorte despreciable, envilecida, las que turbaron la suprema serenidad de su espíritu, las que empañaron la celestial diaphanidad de sus pensamientos; por tal razón, ni un solo punto hubiera el príncipe de las tinieblas sombreado sus oquedades y lobreguezes en el Nazareno; fué, si, á no dndarlo, el Calvario de persecuciones que había de sufrir su esposa inmaculada, la Iglesia, coronada de espinas en todas las épocas, y el ver erizados de abrojos los caminos difíciles y espinosos de sus príncipes consagrados, lo fué el desdén orgu-

lloso de los magnates del mundo, el desprecio de los poderosos, el desprecio de los poderosos de la tierra, la opresión ominosa de sus elegidos; fue, berbia satánica de la impiedad de la ciencia modernas que sus reales y desplegan sus dardos enfrente de los alcázares de la Fe y de la Religión, á la oronación de continuo de punzantes pinas, como coronaron la venturosa cabeza de Jesús.

No fué aquella parodia satánica, impía, de la coronación de Jesús la que intentara manchar el clámide de armijo de su morada, que es como la hermosa tachada de su rostro incomparable fué esta burda parodia y de los convencionalismos de creencias sociales, que tienden á pojarle acerbamente de su realidad real y divina, coronando fragantes rosas la hermosa verdiza y falaz de las criaturas niendo sobre el solio del orgullo cetro de caña frágil de la feticia y el vicio desecocando, tiendo de púrpura y oro el que soñamos de nuestras amnes aloçadas, de nuestras rebolinsensatas, acompañadas de días y tempestades de odios, cidas que envenenan el corazón.

Este hecho tan trágico de tra Redención, encierra en sí idealidad y simbolismo edificante que flotan, por decirlo así, ambiente de la vida del cristiano con sus agitaciones continuas, téricas contiendas, en sus ilusiones y sueños de ambición, cabal cuando las juzga muy próximas tocar en los confines de un remate, de un glorioso fin.

Tanta cuanto es la ilusión de colmadas nuestras aspiraciones logro de nuestros ardientes anhelos, el desencanto que consiente, inmediato (corona de es simbólica, que punza y hierde, ta por Dios en el umbral de las tistaficiones de la vida), del modo que la corona de Jesús guió á la corte, inmediata, á palmas, vitorios y hosannas aún resonaban en las calles, zas públicas de Jerusalén.

Allí donde creemos encontrar pleno goce de una ilusión que aparece presto la desilusión del cío ó el desencanto de un más tenebroso á que nos empujan tras ansias: esa es nuestra corona. En la coronación de Jesús ran ver muchos el valor y su cado de la adoración tributada Segismundos y poderosos de la rra, podrían aprender á ha cuando necesario fuere, una que Jesucristo puso á sus pies, tando la de espinas, para ensa za salvadora de los Césares y privados, de los príncipes y súbdos que han abdicado por co día de la nobleza que enlaza dignidad real de Cristo, si transfugas de la fe, apostatas ideal cristiano.

¡Infelices! Rehusan subir las das del trono con el honor y reza cristiana que demandan coronas y blasones, y no ven sobre ellos ó sobre sus regios cidentes ciñerse ya en la nanza; con todos los indicios calpícticos de una sentencia divina ó las amarguras de la prosperidad ó el estrado infamante de un dalso.

Los que, por último, cifran esperanzas en los bienes de mundo perecedero deben porque así es la verdad, que, aun entre las rosas nacen espinas, los bienes de este siglo de sus amargos frutos, que á la pose no son otra cosa que los abrojos, espinas de maldición que brotan la tierra, conforme el anatema bíblico.

Plegue al cielo que esta coronación tan sentida y dolorosa Jesús nos enseñe á despreciar coronas de oro que representan poder transitorio, limitado, los aplausos, tiempos, al fin, vanidad y de la gloria humana, efímeros, tan inconsistentes, las flores de un día con que corona la hermosura que ha de pasar y deshacimiento rápido, en vil p que se desvanecerá, ante nubes miradas.

DAMIÁN MORALES

San Dionisio Areopagita, al templar el tremendo espectáculo el universo en la muerte de Jesús, exclamó asombrado: «O el tor de la naturaleza perece mundo se destruye.» Los sabios hoy, contemplan impasibles la memoria de los misterios de Pasión del Señor y no creen en excisión del velo del Templo y los terremotos que presenciaron salen en el día santo. ¡San Dionisio era intelectual como ellos!